

encuentro con la generación dorada



SPepe
Sánchez

Transcripción completa de la entrevista en Canal Encuentro conducida por Adrián Paenza

Su puesto en la cancha es el de base. Es el que empieza la jugada, es el que distribuye la pelota. Campeón Olímpico en Atenas, subcampeón del Mundo en Indianápolis, aprovechó su paso por el equipo de la Universidad de Temple, en los Estados Unidos, para estudiar y convertirse en licenciado en Historia. Y justamente la historia dice que fue el primer argentino en jugar en la NBA.

POR ADRIAN PAENZA



Las raíces

● **—¿Cuántos años viviste afuera comparados con los años que tenés?**

—Un poco menos de la mitad, pero prácticamente la mitad.

—¿Y en qué ciudades viviste?

—Empecé acá, en Bahía Blanca, un año en General Roca, después volví un año a Bahía, después viví un año en Filadelfia, Atlanta, Atenas, San Francisco, Detroit, Alicante, Málaga, Barcelona...

—Carlitos Delfino me dijo que su lugar en el mundo es Santa Fe y Manu, no lo dijo exactamente con esas palabras, pero supongo que también sería Bahía Blanca... ¿Para vos también?

—Sin duda...

—¿Por eso volviste?

—Sí, es mi lugar en el mundo tan simplemente porque están mis afectos. No hay más palabras ni menos palabras, no es una cuestión de infraestructura, de clima o de lo que sea. Acá me crié, tuve una muy linda infancia y es el lugar donde yo me siento cómodo. Por suerte mi mujer también es de acá, lo cual hace todo mucho más fácil. Y no me imagino viviendo en otro lado.

—¿Cuánto hace que volviste a Bahía?

—Ya hace dos años casi... Un año y ocho meses...

—¿Te fue fácil o difícil dedicarte al básquet? ¿Cómo eran tus padres en ese sentido?

—Mi papá era muy del deporte.

—¿Tuviste una escuela traumática o la pasaste bien?

—No, la pasé bien. Tuve una infancia muy linda. En la escuela era de sacarme 7 para que no me impida jugar al básquet. Nunca me importó ni más ni menos que la escuela me deje jugar al básquet. Cuando entré a la Universidad, descubrí un mundo nuevo.

—¿Y quién te reclutó para ir a la Universidad de Temple?

—Yo empiezo a ver partidos en ESPN, tenía 15 o 16 años, y decía: "Quiero jugar ahí... No sé si puedo, no creo que pueda, pero lo voy a intentar". Llegado el momento, mandé un video por intermedio de Jorge Sebrini, que es una persona que está allá en Filadelfia. Se lo pasa a John Chaney, que es un entrenador mítico allá en Filadelfia... Y me llaman por teléfono un día, en inglés, que habló mi mamá que es profesora de inglés, porque yo no entendía nada... Y me decían si quería ir a jugar a Filadelfia. Imaginate, yo tenía 16... 17 años... Y bueno, lo hablé con mis padres y ellos lo único que querían era que siga estudiando. Que sea acá, en Estados Unidos, donde sea, pero que siga estudiando y que intente hacer una carrera universitaria, porque si lo del básquet no iba bien, había que tener un plan, ¿no? Así que con 18 o 19 años caí en Filadelfia. Era el único blanco del equipo, que no es poca cosa, porque no sabés el idioma, en una megaciudad, porque Filadelfia es una ciudad muy grande.

—¿Y no sentiste una segregación al revés? Es decir, ¿hiciste reuniones con los compañeros, te preguntaban?

—Imaginate que mi inglés era muy básico... mucho más básico de lo que yo pensaba. Yo creía que sabía y cuan-

do llegué ahí me di cuenta de que no sabía nada. Yo iba a un restaurante y me preguntaban qué quería comer y yo miraba alrededor y decía "eso". Y cuando aprendí "chicken", comí pollo durante meses. El primer día que llego, y venía de un torneo en Puerto Rico, me queda una semana entre ir a Filadelfia o venir a la Argentina y me fui a Cancún. Aparecí a la semana, todo bronceado, tenía pelo, rubio... imaginate, trece afroamericanos rodeándome y diciendo quién es este blanquito que viene acá. Lo primero que hacen es llevarme a la habitación, me encierran los 12, 15 o 17... no sé cuántos.

—¿Todos estudiantes?

—Todos mis compañeros del equipo... 2,10 m, 2,07 m. Y me dice uno de ellos: "¿Tenés algún problema con la gente de color?". Imaginate, yo no sabía dónde enterrarme, porque cómo les explicaba que no. Yo le decía: "No, no, no, no", pero ¿cómo les explicaba que no? Después resultó que era una broma, que me estaban testeando. Y Mark Jackson, que terminó siendo un buen jugador de la NBA después, de 2,08 m, con quien nos seguimos hablando, me dice "vamos a la cancha". Cinco contra cinco, dos horas después me agarró, me llevó a la cafetería de al lado y me dijo: "Quedate tranquilo que hablamos el mismo idioma". Y a partir de ese momento nunca tuve una duda, un problema. Me adoptaron como uno más, nos diferenciaba el color de piel, pero éramos absolutamente uno.

● **—Vos sabés que a mí me pasó, en el año 1965... me acuerdo de estar en la facultad, caminando por el pasillo de Exactas en la Ciudad Universitaria en la UBA, yo bajaba corriendo porque se jugaba ping-pong y me sentía muy feliz de estar en ese lugar, sentía que ése era mi lugar y lo terminó siendo por muchos años... Es el día de hoy que yo me acuerdo bajando las escaleras y escuchando el ruido de las pelotitas de ping-pong... ¿A vos te marcó la universidad así también?**

—Sí, mientras decías eso me vino a la mente... Me acuerdo como si fuera el día de hoy, salir de una clase de filosofía de las religiones, con un profesor tremendo y salir de ahí, con la cabeza que se me explotaba y decir: "¿Qué es esto? ¿Dios existe, no existe, qué es el ser...?". Y salir de ahí e ir a entrenar. Se conjugaban dos cosas, que era... un sueño. Estaba en el lugar donde quería estar, había cumplido mi sueño de jugar en una universidad americana, con un mundo nuevo que se me despertaba desde el punto de vista intelectual, de desarrollo, de empezar a pensar y a entender las cosas y a su vez, poder jugar al básquet en el lugar donde quería jugar. Muchas veces, caminando desde el gimnasio hasta el dormitorio, tenía esa sensación, flotaba, sentía que era un sueño. No me volvió a pasar muchas veces, todo lo otro en mi carrera se fue dando, incluso entré en la NBA, cosas que nunca imaginé, se fueron dando de una forma más lógica. Mi carrera había tomado un rumbo, pero cumplir ese sueño de romper la barrera de lo imposible que era jugar el básquet universitario me marcó muchísimo.

—También aquellos jugadores norteamericanos que van a las universidades van porque casi no les queda más remedio como trampolín a la NBA, pero la parte académica no les es tan representativa. ¿A vos te interesaba terminar?

—Sí.

—Tener tu título te resulta relevante.

—El título en sí fue terminar. Es decir, empecé algo y terminé algo. Pero yo me hubiera quedado 20 años más, es que realmente no me importaba no cobrar dinero, yo me hubiera quedado 2 o 3 años más seguro. Me costó muchísimo dejar ese mundo, además estaba muy cómodo. Aparte, cuando salí tenía 22 años.

—¿Qué estudiaste?

—Estudí Historia e hice un Major de Filosofía que no terminé. Ahí es donde también empecé a incursionar por esos lados. Y a mí me encantaba lo que estudiaba. Aparte, en el sistema americano vos podés elegir tus propias clases. Yo me armaba unos semestres donde iba tocando diferentes cosas, así que era muy divertido.

—Dame ejemplos.

—Por ahí hacía Antropología, Sociología e Historia de Latinoamérica, Historia del Arte y Física. Y en el semestre siguiente metía, porque tenía

Un alumno aplicado



Fotobaires

que tener siempre dos o tres materias de Historia, estudiaba por ahí Europa Medieval, con la Guerra de Vietnam, con Filosofía Oriental, con Filosofía de las Religiones. Claro, la cabeza me explotaba y la tuve que hacer en inglés, que era complicado, pero tenía tantas ganas de hacerlo... y en la universidad descubrí un mundo que no estaba para mí.

—**Qué raro que no me mencionaste la palabra biología.**

—Es que viene después. Yo le meto duro con la filosofía y llegó un momento en el que encontré un poco de resistencia, medio como una pared... para ciertas cuestiones, ciertas preguntas. Ahí fue donde me metí en el mundo de la ciencia. Partiendo de la biología y tratando de entender algo que supongo es lo que todos tratamos de entender... De dónde venimos, un poco entender el sentido de todo o tratar de entender el no sentido de las cosas.

—**Y aprender a bancárselo.**

—Y aprender a bancárselo, que fue durísimo. Yo pasé unos cuantos años bastante duros entre los 26 y los 29, sobre todo los años que estuve en Málaga. Fueron años duros para mí, porque justamente llegar a un pico de cuestionamientos existenciales y después ir a jugar al básquet y decir “¿Qué estoy haciendo...? Estoy todo el día tratando de meter la pelota en un aro”. Literalmente miraba la pelota y miraba el aro y decía: “¿Qué estoy haciendo con mi vida?”. Hasta que obviamente y por suerte superé estas cosas, que te llevan hacia ese camino cuando te cuestionás y planteás demasiadas cosas. Y fue fantástico, porque obviamente por algo sigo jugando al básquet, porque pude entender que no importa tanto qué es lo que hacés, sino la pasión con que lo hacés. Por eso creo que hoy, a mis 34 años, disfruto más o disfruto tanto jugar al básquet como cuando era chico.



EFF

● —¿Tu primer contacto con esta Generación Dorada cuándo fue? ¿En el 2001?

—El primer gran torneo nuestro fue el de Australia, Sub-21. Ahí ya está Manu, ya está Fabri y ahí es donde vamos abriendo los ojos y empezamos a ver que parecía que éramos bastante buenos. No tanto como después se dio, de poder conseguir un Oro Olímpico o la final de un Campeonato Mundial, pero estuvimos a punto de entrar en la final de un Campeonato de nuestra edad, nos sorprendió a nosotros mismos. En ningún momento pensamos en lograr las cosas que logramos. Cuando fuimos a Indianápolis, al Mundial, si me preguntabas si pensábamos llegar a la final te digo que no, pensábamos ganarle a Estados Unidos, no. Si alguno piensa otra cosa yo no me enteré. Nosotros fuimos a competir, fuimos a jugar contra Estados Unidos...

—No a sacarse fotos con los jugadores de Estados Unidos.

—No. Y tampoco pensábamos que estábamos para ganarle a Estados Unidos ni para llegar a una final contra Yugoslavia, que era un monstruo. Y las cosas se fueron dando, como que fueron apareciendo, no hubo un plan. Nosotros no estábamos convencidos de que íbamos a ser una potencia. Y creo que ese irse dando de a poco es lo que nos hizo más fuerte y nos hizo creer más en nosotros. Porque no teníamos un plan, simplemente nos dejamos llevar por el talento que había y sobre todo por la unión de grupo y las ganas que había de hacer lo mejor que pudiéramos hacer. La clave del éxito de este equipo, de esta generación de jugadores, fue la humildad de las estrellas del equipo. A su vez el entendimiento de los obreros, de los que generábamos ese pegamento, como decís vos. Empezando por Fabricio Oberto, que es el que lo hacía en la pintura, y siguiendo por los que lo hacíamos desde el perímetro... Alejandro y yo en la base, después los más obreros, los Gaby Fernández, Leo Gutiérrez (no me quiero olvidar de ninguno), el Colo viniendo desde atrás,

Secretos dorados



siendo jugadores muy específicos de rol, cumpliendo su rol a la perfección, se dio una arquitectura de la situación donde prácticamente te podría decir que llegamos a jugar un básquet sin fisuras. Teníamos respuesta para todo, entonces a partir de ahí llegan los re-

sultados y obviamente el mérito de Rubén Magnano, el entrenador, que supo manejar muy bien los egos, que a veces veníamos... bueno, nos tuvo primero al Colo y a mí, que veníamos de jugar en la NBA, con una sensación de "a ver... cómo vuelvo a encajar en el equipo". Años después empieza Manu, el Chapu... y cada uno que volvía lo hacía con su ego, con su individualidad, y teníamos un mes y medio para limar todo eso y llegar todos al servicio del equipo. Nos tomaba tiempo, era un trabajo eso. No era tan fácil... hasta que no saliéramos de la Argentina, no se apagaban esos egos y afloraba el espíritu de equipo. De hecho, los pretorneos nuestros eran desastrosos y realmente empezábamos a jugar bien en el torneo cuan-

do limábamos todos esos egos, cada uno volvía a su lugar y jugábamos como equipo.

—Volviste a Bahía Blanca, pero aparte del proyecto de jugar tenis otro proyecto, que es "el" proyecto, porque después empieza la otra etapa, la etapa donde uno se pregunta "¿y ahora qué hago?". Para aquellos que han tenido secreción de adrenalina muy fuerte, empieza una gran preocupación de entender cuál es el lugar en el mundo, qué se corre de la pelota... Y vos, ¿cómo te manejas con eso?

—Es un tema que de hecho lo hablo con mi papá bastante. Es un tema que creo que le preocupa más a él que a mí. De hecho lo sacamos cada tanto y lo hablamos. Me genera mucha incertidumbre. Yo estuve retirado un año, yo quise hacer esa prueba de correrme y salirme de la escena teniendo el colchón de poder volver. Fue un poco engañoso, porque al fin y al cabo no era verdad. Y lo disfruté, pero volví. Es muy difícil dejar esto. Yo juego al básquet desde los 5 años y pienso la vida desde el básquet, todo mi mundo está hecho a partir del básquet, lo quiera o no... A pesar de que lo combatí, como te dije antes, durante algunos años y después me amigué y lo volví a disfrutar. No sé... me genera incertidumbre y no va a ser fácil, por lo que vos decías, los picos de adrenalina y lo constante de los picos de adrenalina, o sea que semana tras semana son arriba o abajo y en el caso nuestro son picos, altísimos, como fue salir campeón olímpico o ganar torneos... En cualquier otro aspecto de la vida no vamos a ser tan exitosos como lo fuimos en esto. Para mí ahí está el desafío, en ver cómo puedo reajustarme al mundo. Quizás esto que estoy haciendo ahora, aquí en Bahía, el hecho de generar un proyecto más allá de jugar, de involucrarme en generar lo que es un equipo de básquet para la ciudad, muy adentro y de una forma egoísta, es una forma mía de empezar a hacerme a la idea de que también debo empezar a cambiar mi mundo hacia otros lugares y estoy tratando de hacer una transición lo más suave posible. Pero de una u otra manera voy a estar siempre ligado a esto por más que haga otras cosas. Creo que de otra manera sería imposible.

